

"Preguntase si es mejor ser amado que temido o temido que amado, y se responde que convendría ambas cosas. Pero, siendo difícil que estén juntas, mucho más seguro es ser temido que amado, en el caso de que falte uno de los afectos".

Nicolás Maquiavelo

Durante el verano de 1972-1973, el proceso continúa. Ni el fuerte sol detiene la conspiración, en un Uruguay que tradicionalmente se paraliza con el estío.

Luego de liberado Batlle, se procura lograr una recomposición política que reincorpore su grupo al gobierno. Yo publico un artículo diciendo que no volveré al ministerio mientras persistan las actuales circunstancias de inestabilidad que impiden toda tarea constructiva.

El 23 de noviembre, interpeló la Cámara de Diputados al ministro Malet, que desempeñaba la cartera de Defensa Nacional. La interpelación había sido votada durante la prisión de Jorge Batlle, como elemento de presión. Ahora resultaba difícil, pues no tenía sentido censurar al ministro, así como tampoco podía renunciar a ella. Elijo el camino que me pareció mejor desde el punto de vista público y el más honesto personalmente: denunciar concretamente al responsable de los episodios irregulares, que habían conducido a la situación, y que a mi juicio era el general Cristi. No quería atacar a toda la institución militar, sino a los que estaban impulsando —quizás sin mayor reflexión— la destrucción de los partidos políticos.

Me responde públicamente el comandante en jefe, general Martínez, deslindando la responsabilidad de Cristi y estableciendo que existe una cadena regular de mando. Se quiere evitar que Cristi haga un planteo personal y me rete a duelo, vieja costumbre aún sobreviviente en el Uruguay. En ese caso, debía por lo menos pedir licencia a la jefatura de la región. Le aconsejan que no lo haga, que no entre en nuestro juego. Pide un tribunal de honor y él fallará que no corresponde el envío de padrinos, tratándose, en definitiva, de una cuestión funcional y no de honor.

Luego del choque con el comandante, él mismo procura verme. El ministro Malet me lo comunica y tenemos una charla en su apartamento. Martínez insiste en que no hay otro procedimiento que detener "la máquina" poniéndose delante, que si él la enfrenta le pasa por arriba. Le

## Crónica íntima del golpe uruguayo (V)

# El poder presidencial se deteriora bajo la constante presión de los militares

En su sagaz análisis de los prolegómenos del golpe de estado militar uruguayo de junio pasado, el ex ministro y ex legislador Julio María Sanguinetti relata en su nota de hoy las múltiples formas que asumió la presión militar sobre el presidente Juan María Bordaberry en los días que precedieron al semigolpe de estado de febrero.

Esta serie, escrita originariamente para **La**

digo que es un método peligroso, que puede arrojarlo a él para el otro lado. Me insiste que él no es "gorila", que los políticos cometemos el error de no ser sensibles a una nueva situación militar, que en el Ejército reconoce desbordes, pero que hay honestidad y que, en fin, lo que se desea es incidir para afirmar la independencia profesional de la fuerza militar y su derecho de opinar en los asuntos públicos.

En todo este proceso, la izquierda sigue alentando al golpismo. Solitariamente, Carlos Quijano advierte en **Marcha**, semana a semana, sobre el trágico extravío de esa actitud. "Se induce a error — escribe — cuando se habla de un solo enfrentamiento: pueblo y oligarquía...". "De lo que se trata es de que el poder militar no sustituya al poder civil... de que el fusil no mande".

Pero hay gente encandilada con la ilusión de que un grupo de oficiales "peruanistas" servirán de atajo para llegar al poder más rápido que una vía electoral que les ha cerrado la puerta hace muy poco tiempo, afirmando abrumadoramente a los partidos tradicionales.

La derecha, la extrema derecha, sin embargo, opera también. **Azul y Blanco**, un semanario impreso a color, en offset, todos los miércoles siguiendo "la marcha de la guerra". Defiende el sistema falangista, ataca el voto universal, sistemáticamente reniega de las instituciones democráticas y acusa de comunista a todo aquél que no comulgue en su altar.

El presidente había estado preocupado de tiempo atrás por esta publicación y pedido una investigación a los servicios de inteligencia sobre el origen de sus fondos, ya que se publicaba sin avisos. Confidencialmente, se le informa que los fondos provenían de Brasil, no se sabe si de fuente privada o militar, y que eran

**Opinión**, es distribuida internacionalmente por la agencia **Latin** y se publica simultáneamente en **El Nacional**, de Caracas, y **Excelsior**, de México. La censura brasileña revocó ayer una previa disposición que impidió su publicación en **O Estado de Sao Paulo**, por lo cual ese diario recién comienza a editarlas hoy. Y **La Opinión** prosigue con la nota V de la crónica íntima del golpe uruguayo.

Escribe

Julio María Sanguinetti

girados a un doctor Gutiérrez, médico psiquiatra del Hospital Militar.

Una pequeña publicación clandestina circula también, atribuyéndose representar a grupos de suboficiales. Se llama **El rebenque**. "No queremos sostener más una Constitución modificada por políticos corruptos..." "Continuaremos en la lucha hasta el final sin cejar ante el judío internacional, ante el político apátrida..." Literatura nazi, como se ve.

En el fondo, todos revolotean en torno a un poder militar que crece. Y los extremos, como siempre, se tocan al encaramarse a él.

El 15 de diciembre, **Ahora**, vocero del sector demócrata cristiano del frente de izquierda, publica, como una información, un presunto "plan táctico" para "neutralizar la acción de las fuerzas armadas o, más precisamente, al grupo militar que actualmente las orienta". Se afirma que "la redacción pertenece a dirigentes quincistas y a un senador colorado últimamente muy allegado a ese sector" y que se procura enfrentar a la izquierda con el Ejército, aprovechar divisiones internas, tratar de que sea sólo la justicia ordinaria quien entienda en los ilícitos económicos.

El documento era totalmente apócrifo, pero los militares insistirán en su existencia. Es más, luego supe que había tenido su origen en servicios de inteligencia, que eran los remitentes al periódico. Eran los ensayos de la "acción psicológica" que las Fuerzas Armadas habían experimentado un poco primariamente cuando la batalla con los tupamaros y que ahora se generalizaba y perfeccionaba para tironear el poder.

El gobierno está casi paralizado y no ha designado si-

quiera a los directores de los entes autónomos, las principales empresas del Estado. Los militares ya están nerviosos por esa situación, pues en el país se habla de que integrarán todos los directores y no quieren aparecer en un forcejeo político. Llegan a un acuerdo con el presidente para que se les concedan ciertos cargos, pero los días pasan y como el presidente no resuelve, la inquietud crece. El 11 de enero los comandantes en jefe emiten un comunicado advirtiendo y rechazando toda vinculación "con cualquier reparto o cuota de carácter político, especialmente en los críticos momentos que vive actualmente el país".

A título de la campaña de ilícitos económicos, industriales y comerciantes son llevados encapuchados a dependencias militares. Se les tortura también a ellos, procurando obtener confesiones que los vinculen con dirigentes políticos.

El "submarino" ha pasado a ser la moneda corriente en los cuarteles. A la víctima se le introduce la cabeza en un tacho de agua y se la quita a punto de ahogarse. Se acompaña la operación con puñetazos que cortan la respiración en el instante de la inmersión. Llega a ser un privilegio ser sometido al tratamiento en primer término, pues los vómitos de los que inauguran el agua del tacho multiplican con el asco los efectos físicos de la tortura. Más tarde se llegará al precioso de electrificar el agua y transformar lo que empezó improvisadamente en los tiempos de la guerra violenta en un cruel y refinado método de obtener confesiones. Otros procedimientos también se generalizan. El "potro" consiste simplemente en sentar a una persona, atada, encima de un fierro; con el correr de los minutos y las horas el propio peso del cuerpo hace imposible resistir. La "picana eléctrica" y los plantones a la intemperie se aplican indiscrimi-

nadamente, junto a las palizas, a golpes de puño simplemente, que más adelante cobrarán también alguno que otro muerto.

Se habla de solicitudes de desafuero para diversos legisladores. Desde noviembre está frenado el relativo al senador Ferreira Aldunate, líder de la oposición nacionalista, a quien la justicia militar quería procesarlo por revelación de secretos militares, a raíz de denuncias que hiciera sobre la Marina. Ese trámite lo detuvo el propio presidente, pese a que el planteo militar fue fuerte. También está detenido otro igual, para privar de sus fueros al senador Enrique Erro, acusado de vinculación con los tupamaros. Se ha iniciado otro, en fin, sobre el diputado Gutiérrez Ruiz, presidente de la Cámara de Diputados, a quien se investiga por su eventual relación, también, con los tupamaros y el proceso de venta de las libras de oro robadas por los guerrilleros al millonario tabacalero Mailhos. Salvo el asunto de Erro, que al final servirá de libreto para el acto final del drama, nunca se llegarán a concretar los otros, mantenidos siempre latentes, detenidos de a ratos y reactivados a veces para que la espada de Damocles se siguiera balanceando sobre las cabezas.

En enero estalla un escándalo en la Junta Departamental de Montevideo, el órgano deliberante del municipio capitalino. Un diario denuncia corruptelas de toda naturaleza de los ediles y a partir de allí se desata, en medio de la grito pública un "affaire" que termina con el procesamiento de doce ediles. Los militares le han reclamado al presidente que asumiera él mismo la iniciativa en el asunto; no lo hizo y los comandantes emiten entonces un comunicado reclamándolo. La opinión cree que el escándalo se ha descubierto por las denuncias militares, aun cuando no haya sido así.

Bordaberry no entiende que está en la cuerda floja y que, como el equilibrista del circo, el único modo de mantenerse en pie es moverse constantemente. Ello lo llevará, más tarde, a someterse a los comandantes, asumir la responsabilidad histórica de un golpe de estado que rompió la tradición secular del país y a vivir, como hoy vive, con la sola formalidad vacía de un poder que no ejerce. Su única fuerza está, por entonces, en la imagen popular de él y su familia. Pero nadie le teme y cada vez son menos los que le obedecen.

Próxima nota: El final de un sueño.

Copyright. La Opinión, 1973.